Eje Ética y estética para la transformación social.

Media, infraestructura y violencia: reaprender el pasado y el futuro de los jóvenes desde las tablas.

En sus lecturas sobre las raíces del conflicto, el Informe Final de la Comisión de la Verdad de Colombia no solo se enfoca en los hechos violentos, sino también en los factores económicos, políticos y culturales que contribuyeron al conflicto, incluyendo la exclusión social y la polarización. Una de sus conclusiones destaca que “sin sensibilidad hacia la vida y la dignidad de los demás, no hay posibilidad de paz”. Sin embargo, en los últimos años, a pesar de las diferentes iniciativas para promover una cultura de paz, la sociedad enfrenta un avivamiento de la polarización y el antagonismo social, no solo en en el plano político sino en diferentes ámbitos de la vida cotidiana del país y la ciudad. En estas tensiones sociales se resalta el el papel que han jugado los medios de comunicación y las transformaciones en las las infraestructuras tecnológicas que por medio de la exacerbaciones de las pulsiones no solo generan barreras para el diálogo y el entendimiento de la diferencia sino que terminan promoviendo una desensibilización y banalización de la violencia. Los medios frecuentemente muestran escenas de violencia, segregación y odio sin un adecuado filtro y reflexión crítica,lo que genera un impacto profundo en la percepción de la realidad y la socialización de niños, adolescentes y jóvenes. Este proceso de desensibilización favorece la aceptación de la violencia como normal y perpetúa narrativas discriminatorias y estereotipos que refuerzan la exclusión y la fragmentación social.

Además, esta exposición mediática se conjuga e interfiere con diferentes formas en que los jóvenes se relacionan y habitan el espacio urbano en otros planos de la vida cotidiana: desde la precarización laboral hasta como los jóvenes navegan la ciudad por medio del consumo o prácticas como la música y el fútbol. La estigmatización a su vez condiciona el uso, el tránsito y la apropiación de la ciudad y sus infraestructuras como el Transmilenio, los estadios de fútbol, el barrio, o el espacio público en general. Se instalan así imaginarios de peligro o marginalidad que restringen su derecho a habitar la ciudad en igualdad de condiciones, alimentando procesos de autoexclusión o discriminación. Es fundamental reconocer la magnitud de esta desensibilización mediática y sus consecuencias, tanto simbólicas como materiales, para transformar los relatos y las representaciones culturales que, alimentados por los medios y los mecanismos de segregación, sustentan la violencia simbólica y física.

Este diálogo entre la dramaturgia y el pensamiento crítico apunta a abrir caminos para abordar estas violencias que afectan y restringen el futuro de los jóvenes, limitan su capacidad de imaginar otros mundos posibles y los condicionan, muchas veces, a reproducir la violencia que los rodea. Asimismo se abre la oportunidad para dilucidar cómo desde la reflexión y la práctica estética los jóvenes buscan reaprehender su pasado en la ciudad para activar nuevos horizontes de futuro y .